



LECTIO DIVINA

La *lectio divina* es uno de los elementos estructurantes de la jornada y de la espiritualidad del monje. «La *lectio divina* asidua fomenta sobremanera la fe de los hermanos en Dios. Esta excelente práctica de la vida monástica, en la que se escucha y rumia la Palabra de Dios, es fuente de oración y escuela de contemplación, en la que el monje dialoga con Dios de corazón a corazón.» ([QCSO](#), Const. 21)

Aquí encuentras un conjunto de textos sobre la *Lectio divina*, de Xaime Lamas, monje de Sobrado.

1. [Lectio divina - I](#)
2. [Lectio divina - II](#)
3. [Lectio divina - III](#)
4. [Lectio divina - IV](#)

LECTIO DIVINA - I

Xaime Lamas
Monasterio de Santa María de Sobrado

DEFINICION

No se puede dar una definición de la Lectio Divina porque cada monje lleva dentro de sí mismo una vivencia que ni él mismo es capaz de explicar y menos de definir. Podemos afirmar que la Lectio Divina es un **misterio de amor y de encuentro**, por eso no entra dentro de lo definible. Cada persona es irrepetible, por lo tanto su experiencia es única. Es verdad que las características son comunes: **es búsqueda y ahondamiento**, por lo tanto para todos es camino y escala, es noche y día, es alegría y dolor, es juicio y salvación.

Viva es La Palabra de Dios y eficaz, y más cortante que espada alguna de dos filos. Penetra hasta la división entre alma y espíritu, articulaciones y médula; y discierne sentimientos y pensamientos del corazón. No hay criatura invisible para ella: todo está desnudo y patente a los ojos de Aquel a quien hemos de dar cuentas (Hb. 4, 12-13).

Es algo envolvente que cuanto más se profundiza más crece el misterio, porque todo se hace más cercano y lejano, y la presencia de Dios es más íntima y más ausente: « ¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?» (Mc. 15,34). Es un sumergirse en el pozo sin fondo del inagotable amor de Dios. Este misterio de **amor y de encuentro** se puede explicar a través de imágenes que arrancan siempre de la experiencia personal y que por lo tanto son siempre subjetivas y no aplicables a todos por igual, porque están en función de momentos vividos en distintas etapas de la vida, de estados de ánimo, crisis, etc.

¿Se puede decir que la Lectio es un desierto? Para mí sí, lo fue y lo sigue siendo. Podemos decir que el desierto es como un lugar de purificación, de búsqueda, de encuentro y también de tentación, que encierra en sí mismo ese lugar privilegiado en el que el monje busca su propio destino, porque en las distintas etapas de su vida tiene que ir sabiendo desprenderse de todas las falsas seguridades que la tentación va poniendo en su camino. Siempre tendremos la tentación de decir: *ya he llegado; ya lo sé todo; mi búsqueda está completa*. Pero Dios siempre está más allá.

También la Lectio Divina es **montaña tabórica** hacia la que se asciende en la duda, en el miedo y en el fracaso, pero con el corazón lleno de confianza en Aquel que ve en lo más interior del hombre y conoce todos sus sentimientos. Los cristianos, me da la sensación, que a veces comprendemos mal la Teofanía del Tabor y las palabras pronunciadas por el Padre para manifestarnos la obediencia de su Hijo. Veamos: no nos olvidemos que Jesús de Nazaret, camino de Jerusalén, sube al Tabor con el mal sabor de un fracaso -

esto es lo primero que tenemos que tener en cuenta. Y lo segundo: sube a Jerusalén sabiendo que allí le aguarda el rechazo definitivo de las autoridades religiosas del pueblo y la muerte. Vamos a pararnos un momento en esta parte porque es muy importante en la vida del cristiano y del monje.

Sabemos que la Transfiguración va precedida de la crisis de Cesarea de Filipo (Mc 8,27-37), en la que Jesús toma conciencia de que su misión encuentra obstáculos insalvables con las autoridades religiosas de Israel. Y no solo de ellas, pues sus mismos discípulos y buena parte del pueblo, en el que había hechos muchas señales de la presencia del Reino, no acaban de entenderlo. De ahí la pregunta que hace a los discípulos sobre lo que la gente piensa de él y lo que ellos mismos también piensan. Esto nos lleva a pensar que en Jesús hay como un camino cargado de interrogantes, como si no supiese si está en lo cierto con respecto a su misión.

No debemos olvidarnos que la duda, la inseguridad y el miedo forman parte de nuestra condición humana y Jesús, como muy bien nos dice la Carta a los Hebreos (4,15): «No es nuestro Pontífice tal que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, antes fue tentado en todo a semejanza nuestra, fuera del pecado». Creer lo contrario es puro docetismo¹, y de eso desgraciadamente hay bastante. Por eso es importante saber que nuestro Hermano Mayor pasó por nuestras mismas experiencias, y la subida al Tabor, en lo que nos ocupa respecto a nuestra reflexión, nos sitúa ante Jesús que sube a la cumbre de la oración para poner en las manos del Padre su obra y su destino, su miedo, su pobreza, su impotencia, pero también su fe, su esperanza y su amor.

Y la clave de todo en el Tabor está en las palabras del Padre que testimonian que la vida y la obra de su Hijo son acogidas en su amor y, por lo tanto, que el camino y la obra del Hijo tienen que ser nuestro destino. «**Escuchadle**» - este verbo en imperativo es clave en la tradición de Israel y también en la tradición cristiana, porque el único lugar en donde un cristiano comienza a hacer el camino de Jesús de Nazaret se encuentra en una escucha desde el corazón de la Palabra de Dios.

El monje tiene que escuchar la Palabra de Dios con cariño de esposa, dejarse penetrar y fecundar por esa palabra de vida que es la que va a iluminar nuestra existencia y nuestras acciones. Nada en nosotros puede situarse fuera de ella. La grandeza de la Lectio radica en hacernos humildes y atentos a la voz del Maestro que se pronuncia dentro de nosotros, porque es una lectura que se hace con los ojos del corazón para saberla diferenciar de las demás voces y de todos los demás signos por muy santos que le parezcan a nuestro hombre interior, como María Magdalena que solo cuando escuchó su nombre de la boca de Jesús lo reconoció en su interior (Jn 20, 11-16).

¹ Docetismo es una herejía cristológica que aparece ya hacia fines de la edad apostólica, se difundió en los primeros años del siglo II y dejó su impronta en la mayor parte de los sistemas gnósticos. Para los docetas, la humanidad de Cristo era sólo una apariencia.

LA LECTIO DIVINA - UNICA PALABRA DE VERDAD Y VIDA

Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas. En estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo a quien instituyó heredero de todo, por quien también hizo el universo; el cual, siendo resplandor de su gloria e impronta de su sustancia, y el que sostiene todo con su palabra poderosa, lleva a cabo la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, con una superioridad sobre los ángeles tanto mayor cuanto más excelente es el nombre que ha heredado. (Hb. 1, 1-4)

Este grandioso comienzo de la carta a los Hebreos nos está indicando cuál es la naturaleza de la Lectio Divina, qué comprende y cuál es el proceso en el que el monje se interna, debido que a lo largo de la historia de la Iglesia, sobretodo en la tradición católica de Occidente, se sufrió una terrible crisis con respecto a la Sagrada Escritura de la que todavía no estamos restablecidos. Fueron muchos siglos de secuestro de la Sagrada Página a los fieles y a los mismos religiosos. Adentrarse en la Palabra con el corazón bien dispuesto, nos abre a toda la gracia contenida en su interior - es iniciarse en el arte de pasar del texto bíblico a la vida.

De esta manera, se presenta como un excelente instrumento que puede ayudar a superar la fosa, constatable a menudo en nuestras iglesias, entre fe y vida, entre espiritualidad y cotidianidad. Se revela como una hermenéutica existencial la Escritura, que llevando a la persona a dirigir su mirada antes que nada a Cristo, a buscarle a través de la página bíblica, le guía a que su propia existencia inicie un diálogo ante el rostro de Cristo revelado, y de esta manera contemple bajo una nueva luz la propia cotidianidad. (Enzo Bianchi)

La Lectio Divina es un ejercicio difícil, se necesita paciencia y constancia para permanecer fiel a ella; es un estar siempre en actitud de escucha interior, escucha que recorre toda la tradición judeocristiana, porque como muy bien afirma Enzo Bianchi:

La actitud fundamental del creyente en Dios es la escucha. Del ShemáJisrael del Antiguo testamento, la fe bíblica es fe de escucha de la Palabra de Dios en la historia, palabra anunciada por la ley y los profetas, palabra encarnada en Jesucristo, palabra proclamada por los apóstoles a todos los pueblos. Escuchar es, por tanto, la condición ontológica del creyente y del monje. La comunidad monástica es, ante todo, un lugar en el cual la Palabra de Dios llama, resuena, crece, se convierte en carne y sangre, en vida de unos hombres y mujeres que se sienten modelados por ella. Esta escucha, según todas las tradiciones bíblicas y según su misma etimología, lo es realmente cuando es obediencia, realización precisa y plena de la Palabra. Hemos de decirlo con mucha claridad y fuerza: para crecer humana y espiritualmente, el camino permanente es el de la escucha obediente.

En la tradición monástica, junto con la liturgia, la salmodia y el trabajo, es uno de los medios, el más característico, para la búsqueda de Dios. El mismo Jesús de Nazaret afirmará que: «El que escucha mis palabras y las pone por obra será como el varón prudente que edifica su casa sobre roca» (Mt. 7,24).

La Lectio Divina, pues, no es una lectura como las otras, su primer objetivo es leer con el corazón la Palabra de Dios, comprender su verdadero sentido en la propia vida y ver lo que nos pide y lo que nos manda:

Se levantó un legalista y dijo, para ponerlo a prueba: “Maestro, ¿Qué he de hacer para tener la vida eterna?” Él le dijo: “¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees?” Respondió: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo.” Entonces le dijo: “Bien has respondido. Haz eso y vivirás”. (Lc 10, 25-28)

Jesús nos da en este breve texto un curso rápido, pero muy sustancioso, de cómo se hace una lectura de la Palabra de Dios con aplicación directa a nuestra vida de cada día, y también nos abre el camino para dejarnos seducir por esa palabra que es exigente, pero que también consuela, anima. Es alimento que se saborea y nos conduce por el camino de la oración personal y comunitaria. No se trata, por lo tanto, de una lectura exegética, ni hermenéutica, ni para la homilética, ni para la reflexión teológica. Es una lectura gratuita, sosegada y amorosa que requiere no obstante un esfuerzo de reflexión (*meditatio*), dando paso espontáneamente a la oración; es en ella donde encontraremos el lugar privilegiado para sumergirnos en la oración del corazón. Todas las formas de oración surgen de ella y en ella encontramos modelos de grandes orantes que atraviesan la historia con su ejemplo y siguen siendo válidos para los hombres de todos los tiempos.

LECTIO DIVINA - II

Xaime Lamas
Monasterio de Santa María de Sobrado

DIALOGO ENTRE DIOS Y EL HOMBRE

La Lectio Divina comprende sólo la Sagrada Escritura. Se ha querido englobar entorno a la Lectio la lectura de los Padres, comentarios de la Escritura o autores espirituales. La Lectio propiamente dicha es ese contacto personal, ese tú a Tú con la Palabra, ese rumiar lo que se ha “comido” sin elementos extraños a ella. Son muchas las citas que se podrían hacer al respecto tomadas de los Padres, destacamos la de San Jerónimo a su discípula Eustoquia: «Sea tu custodia el secreto de tu aposento y allá dentro recréese contigo tu Esposo. Cuando oras, hablas de tú a Tú con tu Esposo; cuando lees, él te habla a ti» (Ep. 22,25).

Es indudable que la Lectio Divina es un camino a recorrer, pero un camino especial, un camino difícil, con avances y retrocesos, con pesadeces y desalientos, fecundidades y arideces profundas, noches oscuras y días luminosos. Podemos, pues, afirmar - y la experiencia nos lo dice - que la Lectio Divina no es una lectura fácil; se necesita tiempo, constancia y paciencia para que dé sus frutos. De hecho es un camino para toda la vida, igual que la oración. Nunca hay un final hasta llegar a la contemplación del santo rostro de Dios en la vida eterna. En ese largo camino, el monje, el cristiano

habitúa su oído y su corazón a reconocer, entre los innumerables sonidos y voces que le llegan, la Palabra que el Señor le dirige personalmente; en la asiduidad con el Señor descubre en sí mismo las energías necesarias para cumplir la voluntad divina hasta la muerte y aprender a distinguir las fuerzas que se oponen a esta docilidad; la familiaridad con la Palabra de Dios lo conduce a una intimidad con el Señor que le permite entrever, ya aquí y ahora, aunque sea de manera fugaz, la gloria del Señor transfigurado. Ciertamente, todo esto es un don de Dios y no una conquista humana, pero nosotros tenemos el deber de predisponerlo todo para que pueda ser. (Enzo Bianchi).

Es indudable que el monje y el cristiano a lo largo de su vida pasan por distintas fases en su relación con la Lectio Divina y se necesita constancia, paciencia, humildad y fidelidad para que dé sus frutos. En los inicios, no es lo mismo para una persona que ha tenido contacto con las Escrituras antes de entrar en el monasterio que otra que tuvo poco o ninguno, de lo que se trata es de educar a todos a este contacto personal con la Palabra de Dios, proporcionando a cada uno, instrumentos adecuados a sus capacidades y a su sensibilidad.

Tenemos que tener en cuenta que situarnos ante la Escritura supone avivar nuestra inteligencia, desde la humildad del que sabe que necesita ser iluminado por el Espíritu Santo para penetrar y comprender las riquezas que se encierran en la Palabra de Dios, riquezas que se nos irán revelando poco a poco. Recordemos aquellas palabras de Jesús a sus discípulos: «Mucho tengo que deciros, pero ahora no podéis con ello» (Jn 16, 12). Pues a nosotros nos ocurre igual, nos vamos enriqueciendo poco a poco con la Palabra hasta que se va transformando en sustancia de nuestra vida interior, y el fruto es un conocimiento de nosotros mismos: de nuestros dones y sus límites, de nuestra grandeza y miseria; pero al mismo tiempo nos situamos ante el amor de Dios hecho carne en su Hijo Jesucristo, ante su paciencia y misericordia, esa paciencia y bondad de Dios que nos va llevando a la conversión (Rm 2,3). «Y del encuentro entre nuestra miseria y la misericordia de Dios puede salir un hombre nuevo, un hombre adulto que ha reencontrado la propia imagen y semejanza con el Creador» (Enzo Bianchi).

Es indudable que para todos en los inicios de la Lectio es necesario un acompañamiento para no perderse ni desanimarse. Para los que saben mucho aconsejarles que se olviden de su sabiduría y que se adentren en la Lectio “virginalmente ignorantes” para que el Espíritu pueda hacer en ellos la obra de Dios y los vuelva sabios, no según la sabiduría de este mundo sino según la sabiduría de Dios (1Cor 1, 17-28). Para los no iniciados siempre es conveniente guiar al novicio en el camino de la Lectio Divina comenzando siempre por la lectura del Nuevo Testamento como primera etapa, sabiendo combinar la lectura apostólica y la lectura evangélica.

Para ambos casos, iniciado y no iniciados, siempre es aconsejable una lectura continua y permanecer fiel a ella; luego cuando ya se va haciendo camino y la Escritura resulta “familiar”, se va caminando libremente en ella. Esta etapa suele ser peligrosa, es el momento, o suele serlo, en que se pasa de una especie de enamoramiento al tedio, al vacío o a la oscuridad. Es el momento también en que se han adquirido conocimientos por el estudio, lecturas de comentarios, consulta de diccionarios etc., es el momento de la crisis profunda con la lectura de la Palabra en la vida del monje, incluso se llega a no saber hacer Lectio si no se tiene a mano un comentario del libro que se está leyendo. En estos momentos conviene recordar lo que decía el Beato Guerrico de Igny a propósito de la Lectio:

*Si no te detienes y estudias las Escrituras para familiarizarte con ellas, gracias a tu dedicación constante, ¿cuándo piensas que ésta se te revelará? La comprensión será dada a quien tenga el amor de la Palabra, y le será otorgada en abundancia; a quien, en cambio, no tiene ese amor, se le quitará incluso aquello que ya conocía de manera natural gracias a su inteligencia.
(Sermón por la festividad de San Benito 1,5)*

Porque hay un HOY DE DIOS presente en su Palabra que ilumina nuestra vida, nos sostiene en nuestras luchas, fortalece nuestra esperanza, nos anima en nuestras dudas

y miedos; ese HOY DE DIOS es el consuelo de los momentos y reveses de la vida más amargos y dolorosos, y para sostenernos en ellos siempre nos va a llevar a la Cruz de nuestro amado Señor, en donde toda pena descansa, en donde todo dolor es comunión con su dolor y con el dolor del mundo. El HOY DE DIOS no disfraza las cosas, no pone máscaras sonrientes donde hay dolor y amargura, las cosas son como son y nos pone delante de ellas para asumirlas desde la fe, sabiendo que muchas veces seremos clavados como el Maestro en la “cruz de la impotencia”. Y esto lo tenemos que tener muy claro, porque del mismo modo «El habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarlo de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente, y aun siendo Hijo, por los padecimientos, aprendió la obediencia» (Hb 5,7-8).

Este es nuestro camino en el HOY DE DIOS: fidelidad a la Palabra que siempre nos va a remitir a la persona del Maestro y muncha veces, como en ese texto de la Carta a los Hebreos, nos encontraremos “berrando” con las entrañas desgarradas. Y una vez más tenemos que mirar al que nos precedió en todo amor y en todo dolor, viendo su figura rota por tierra orando a su Dios: «¡Abbá, Padre!; todo es posible para ti; aparta de mí esta copa; pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú» (Mc 14,36).

Para cualquier cristiano –dice Enzo Bianchi– existe un hoy en el cual debe escuchar el Evangelio y el acontecimiento del cual la Palabra nos hace partícipes; hay un hoy que se repite en la historia siempre que un cristiano se pone ante la Palabra de Dios: la Palabra de Dios se cumple cada día, y depende de nosotros escucharla, acogerla.

Una vez superada la etapa del tedio y del desencanto, algo que es inevitable como en todas las cosas de la vida, el monje vuelve a encontrar en la Escritura la alegría de una eterna novedad, algo que cada día hay que descubrir como inédito, como si fuese la primera vez que leemos y escuchamos. Podemos decir que la Lectio se convierte en la ROCA que sostiene nuestra vida y en ella nuestra fe, nuestro amor y nuestra esperanza.

Con razón Jesús de Nazaret nos dice que: «Todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, será como el hombre prudente que edificó su casa sobre roca: cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, y embistieron sobre aquella casa, pero no cayó porque estaba cimentada sobre roca» (Mt 7,24-25). De hecho: ¿cuántas veces no nos hemos preguntado por el milagro de la perseverancia? ¿Dónde radica? ¿Quién lo sostiene? Lluvia, torrentes, vientos, elementos destructores que se abaten sobre nosotros y, ahí estamos, ¡en pie!, por la Palabra que nos sostiene y por la oración que es su fruto inmediato y, sobre todo por el amor de Cristo, porque ¿quién nos separará de él?: «¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?» (Rm 8, 35). Y también hemos sido testigos, tristes e impotentes, de hermanos y hermanas que creíamos tan firmes y sólidos y vimos cómo se desmoronaban porque su casa estaba edificada en la arena de la vana apariencia.

IMPORTANCIA DE LA LECTIO EN LA VIDA DEL MONJE

San Benito, junto con los Padres y toda la tradición monástica, dice que la Lectio Divina es uno de los pilares sobre los que se cimienta la vida del monje. Es uno de los elementos más adecuados y necesario para la vida monástica. Constituye una parte esencial de la *conversatio*, uno de los instrumentos más característicos para buscar a Dios. Posiblemente debe considerarse también como el ejercicio espiritual más propio del monje, y también el que necesita una mayor atención, pues no siempre se le comprende correctamente, ni se le da, con demasiada frecuencia, la importancia que realmente tiene.

Como dice Enzo Bianchi, «la lectio se revela como una hermenéutica existencial de la Escritura que, llevando a la persona a dirigir antes que nada su mirada a Cristo, a buscarle a través de la página bíblica, le guía a que su propia existencia inicie un diálogo ante el rostro de Cristo revelado, y de esta manera contemple bajo una nueva luz la propia cotidianidad». Esto es el ideal al que hay que tender y por el que se ha de luchar, una lucha consigo mismo para vencer la tentación de la evasión en otros menesteres, que siendo buenos, muchas veces son la excusa para un abandono progresivo de la Lectio. De hecho, podemos afirmar, todavía hoy, que la Lectio Divina sigue siendo la cenicienta del Ordo Monástico en comparación con el Oficio Divino y el trabajo.

Es cierto que la Lectio estuvo siempre presente en la vida monástica, pero su valor como alimento vital y espiritual para la vida del monje fue perdiendo interés a lo largo de la historia. Son muchos los factores que jugaron este papel negativo: la lengua, la ignorancia y el analfabetismo y el secuestro de siglos por parte de la jerarquía que les arrebataron al pueblo y a los religiosos, la Palabra de Vida. Ya antes, pero sobre todo desde la Edad Media, la Escritura fue siendo postergada y suplida por un cúmulo de devociones. Con la Reforma Protestante y la Contrarreforma un velo de sospecha cayó sobre la Palabra de Dios en el mundo católico, luego vinieron la espiritualidad ignaciana y la *devotio moderna*, llegando a su momento más oscuro desde el siglo XIX hasta el Vaticano II, en que de nuevo la Escritura comienza a ser vida en el corazón de los fieles y de los monjes.

EXIGENCIAS PERSONALES Y COMUNITARIAS QUE SE DESPRENDEN DEL EJERCICIO DE LA LECTIO DIVINA

Enfrentarse con la Palabra supone sumergirse en el mundo de Dios, en la vida de Jesús de Nazaret que pasó por el mundo haciendo el bien, devolviéndole al hombre su dignidad y libertad como hijo de Dios. Por lo tanto nos vamos a encontrar con las mismas exigencias que Jesús les ponía a sus discípulos, ni más ni menos.

La simplicidad de vida

¿Quién no camina con un “super yo” que nos molesta continuamente poniendo máscaras? Tenemos máscaras para todos los acontecimientos de la vida, como hacían los antiguos, en donde hasta el Nuncio de su Santidad la utilizaba en Venecia. Nos da miedo conocernos a nosotros mismos y de que los demás nos conozcan, por eso nos disfrazamos tratando de aparentar lo que no somos. Pedro quiso ser un super-discípulo y la fastidió: « ¿Por qué no puedo seguirte ahora? Yo daré mi vida por ti» (Jn 13, 37); el final ya lo conocemos. La realidad es implacable: no podemos mentirle a Dios y su Palabra está ahí para ayudarnos a poner luz en nuestras vidas, para poder ver desde Dios la realidad presente de la que siempre vamos a querer huir y sumergirnos en nuestros mundos fantásticos que no tienen nada que ver con la realidad. No lo olvidemos nunca: somos unas pobres criaturas (1Cor 1, 26-31), pero eso sí, amados entrañablemente por Dios. Pero para descubrir ese amor hay que renunciar a la “máscara” y al “super yo”, para poder entrar por la senda del Evangelio de Jesucristo.

Vivir la realidad de lo cotidiano

Se trata en el fondo de la sentencia de Jesús: «Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todo se os dará por añadidura» (Mt 6, 33). Esta sentencia de Jesús de Nazaret tiene que generar en nosotros preguntas que den luz a nuestras inquietudes, es decir: ¿qué es lo que nos preocupa?, ¿qué nos da miedo?, ¿de qué nos quejamos?, ¿Nos paramos a mirar con seriedad la actitud que Jesús de Nazaret tenía con la vida que le tocó vivir? Y no vale decir que Jesús era Dios, porque entonces lo estropeamos todo. Porque de las respuestas que demos a todo esto va a depender mucho, pero que mucho, la vida personal de cada uno y su calidad como cristiano y como monje y, en definitiva, la vida familiar, la vida en el trabajo, la vida apostólica y la vida comunitaria.

Pensemos si nuestros miedos, nuestras angustias, nuestras quejas solucionan algún problema o todavía lo agrandan, si es así, eso quiere decir que nuestra esperanza no está fundamentada en ese talante y en esa actitud que Jesús tenía ante el momento histórico que le tocó vivir. ¿Vemos a por casualidad alguna vez a Jesús de Nazaret quejarse a Dios por lo mal que estaban las cosas en su tiempo? ¿Lo vemos quejarse a Dios por no haber hecho el mundo de otra manera? ¿Lo vemos quejarse porque no se le hacía caso entre los círculos dirigentes de su pueblo? No, Jesús no se queja a Dios, ni hace como Jeremías y Job que maldicen el día de su nacimiento porque todo les iba de mal en peor y no encontraban solución para arreglar la situación crítica que les tocó vivir. Jesús no, Jesús mira las cosas de frente, sin miedo, sin rencor. Y esta es la grandeza de una Lectio Divina hecha con perseverancia y con un corazón abierto y receptivo para que la persona de Jesús penetre por completo nuestro ser y nos lance por sus caminos para hacernos hijos de la misericordia.

LECTIO DIVINA - III

Xaime Lamas
Monasterio de Santa María de Sobrado

EL ESPOSO Y LA ESPOSA

La Lectio Divina es un camino de búsqueda y encuentro, cuyo fin primordial es descubrir y encontrarse con Jesús el Cristo, el Esposo. No olvidéis que para que la Esposa encuentre al Esposo tiene que salir a su encuentro, tiene que preguntar en dónde apacienta sus rebaños: «Hazme saber amado de mi alma, dónde apacientas el rebaño, dónde lo llevas a sestar al mediodía, para que no ande yo como vagabunda tras los rebaños de tus compañeros» (Cant 1, 7).

Vamos a recordar a la Esposa, una Esposa singular que Cristo atrajo hacia sí, la desposó y se ha convertido para nosotros en la imagen más viva de la fidelidad al Señor Jesús. Esta mujer es María Magdalena, de la que había expulsado siete demonios, siete, nada menos, algo así como si hubiera estado poseída por la plenitud del mal.

María Magdalena, según los Evangelios no fue ninguna prostituta, por lo menos no se desprende tal cosa de lo que conocemos de ella; lo que pasa es que en la vida de Jesús hay unas cuantas Marías, un nombre muy común en aquel tiempo, pero ni siquiera eso nos da pie para afirmar una cosa así de María Magdalena. La culpa de tal equívoco la tuvieron los Padres antiguos y con ellos generaciones y generaciones de creyentes. A María Magdalena se la confunde con la pecadora perdonada en casa de Simón el fariseo (Lc 7,36-50) y con la mujer adúltera del Evangelio de Juan (Jn 8,1-11). No sé, hay como una obsesión por parte del clero a atribuirle a la mujer unos calificativos degradantes, como si los hombres no se prostituyesen.

Lo cierto es que en la vida de María Magdalena hay un vacío que no se puede llenar. Los historiadores modernos se inclinan por una enfermedad psíquica, puesto que los endemoniados nos son presentados en la Escritura con rasgos de personas perturbadas y de las prostitutas nunca se dice que estén endemoniadas, simplemente se las llama pecadoras públicas.

Lo importante es que la vida de María Magdalena cambió radicalmente al encontrarse con Jesús de Nazaret, y pasó de ser una mujer perdida en su dignidad de persona a ser la imagen de la Comunidad Esposa que busca ansiosa a su Señor en la mañana de la resurrección. Vamos a leer el texto de San Juan para sentir la emoción de la búsqueda y del encuentro:

Estaba María junto al sepulcro, fuera, llorando. Y mientras lloraba se inclinó hacia el sepulcro, y vio dos ángeles de blanco, sentados donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y otro a los pies. Les dicen ellos: «Mujer, ¿por qué lloras?» Ella les respondió: «Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto». Dicho esto, se volvió y vio a Jesús, de pie, pero no

sabía que era Jesús. Le dice Jesús: «Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?» Ella, pensando que era el encargado del huerto, le dice: «Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo me lo llevaré». Jesús le dice: «María». Ella se vuelve y le dice en hebreo: «Rabbuní – que quiere decir: «Maestro». Le dice Jesús: «Deja de tocarme, que todavía no he subido al Padre. Pero vete a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios». Fue María Magdalena y dijo a los discípulos: «He visto al Señor» y que había dicho estas palabras (Jn 20, 11-18).

María buscaba al Señor, más que por rendir honor a un muerto, va impulsada por la voz y por la imagen que habían sido grabadas a fuego en su corazón por el hombre que había cambiado su vida. Y siente tal amor por su Amado que sólo desea vivir unida con él y formar una sola cosa y espíritu con él. Gracias al amor y a la misericordia de Jesús había pasado de ser una mujer perdida en el mundo irreal de su mente, a ser una mujer integrada en una comunidad, devuelta a la vida real. Y lo que es más: unos ojos se clavaron en su alma y solo puede ver el mundo a través de ellos – esos ojos que la miraron con un amor diferente, un amor que nunca había podido sentir y que la liberaron de las pesadas cadenas que la arrastraban.

María comprendió en la mirada de Jesús que Dios es un Dios de amor, no un Dios que discrimina, que hace distinción entre hombre y mujer, entre puro e impuro, entre sagrado y profano. Descubre en Jesús al Dios de la misericordia y de la ternura, al que se inclina hacia la humanidad caída y la levanta de su postración. Y descubre dentro de sí el lugar reservado, que nada ni nadie podrá ocupar: el lugar para el Amado, para el único, el hombre Jesús, al que ya no podría dejar de amar. Junto con Jesús María encuentra además a la Comunidad en la que la palabra del Maestro era enseñanza para la vida, espacio de libertad y compromiso con el Reino. Todo eso era un libro escrito a fuego en su corazón que le quemaba las entrañas y hacía que la intimidad más íntima de su ser fuese un fuego devorador.

LAS SEÑALES DE LA VIDA

María Magdalena ante el sepulcro se siente perdida, anonadada, tanto es así que no es capaz de ver las señales de la vida: el sepulcro vacío y la gloria de Dios en la figura de los ángeles que anuncian una mañana de gloria. Su mundo interior está sumergido en las tinieblas de un sepulcro; la piedra, aunque está caída, para ella sigue sellando, cerrando la entrada. Consideraba, y con razón, a Cristo muerto y ella muerta con él.

Todos a lo largo de nuestra vida sentimos con más o menos intensidad esta experiencia de muerte interior, algo así como una noche del espíritu, que nos envuelve, que nos aprieta, que nos ahoga hasta hacernos gemir. Miramos en la noche las señales del amanecer y sólo encontramos una noche más profunda. Ni los hombres ni Dios tienen una palabra de consuelo para nuestro espíritu. Sólo la perseverancia y la fidelidad nos mantienen firmes, porque, como a María Magdalena, un día su palabra se nos grabó en el corazón y no hay noches ni tinieblas por muy densas y opresoras que sean que nos

retiren del huerto, porque en lo más profundo de nuestro ser sabemos que allí está el que volverá a hacernos vivir.

EL DON DE LA BUSQUEDA

«El don de la búsqueda, yo no conozco otro semejante para el alma» - dice San Bernardo. No hay mayor don, es el que nos mantiene siempre vigilantes, atentos a esa voz que se presentará a la hora más inesperada de la noche, esperando encontrarnos con las lámparas encendidas (Mt 25,1-12). No hay nada mayor en la vida de un creyente que el íntimo deseo de entrar con el Esposo en la sala del banquete de bodas a celebrar con él la fiesta de la vida. No hay nada mayor, más nutritivo, que comer y beber su Palabra. Decía San Efrén:

La Palabra de Dios es extremadamente rica y lo que llegamos a comprender es muy poco frente a lo que se nos escapa: utilizamos la Santa Escritura, como el que bebe de una fuente: lo que tomamos jamás llega a agotar el manantial. Todos pueden encontrar su alimento espiritual en la Biblia, cuyo lenguaje se adapta a las condiciones de cada uno. Es un árbol de vida que por todos lados produce el fruto de la bendición. Es como la roca del desierto que brinda una bebida espiritual a todos los hombres. Sin cesar debemos volver a la fuente de vida que es la Escritura, porque sin cesar nos reserva inagotables riquezas.

Nos encontramos, pues, con que la Sagrada Escritura para los buscadores de Dios es ese «huerto cerrado, esa fuente sellada» (Cant 4,12) que sólo se abre para la esposa fiel. Cuando no comprende su sentido, allí permanece en su fidelidad aguardando a que el Esposo le muestre su sentido vivificante. Abrir la Sagrada Escritura es penetrar en el jardín en el que está Jesús; por ello se comprende que los buscadores de Dios se lanzaran sobre la Biblia con verdadera pasión.

La Sagrada Escritura era para ellos no solo: la suprema regla de vida, un espejo donde contemplarse, el libro de edificación por excelencia, el alimento del alma, «un manjar nutritivo, que – según San Juan Crisóstomo – a veces basta una sola palabra de la Escritura como alimento para toda la vida». No solo era «un puerto resguardado, un muro infranqueable, una torre que no tiembla, gloria que nadie puede robar, arma que nunca falla, placer indeficiente y cuanto de bueno se pueda pensar», según San Basilio de Cesarea. No solo constituían «remedios divinos para las heridas del alma, una armadura protectora contra los dardos del enemigo, las herramientas propias del oficio del cristiano, un tesoro inagotable que no debe enterrarse», al decir de San Juan Crisóstomo. «Pan de vida, vino que embriaga, fuerza en la prueba, luz en la noche y fuego que consume el corazón», según San Gregorio Magno. Era también, y sobre todo, un lugar privilegiado de encuentro con Dios.

Todo esto que decimos de la Sagrada Escritura tiene que prender en nuestros corazones para que haya una actitud interior de preparación para recibir la voz interior, que despertará nuestros sentidos y disipará ese mundo de distracciones dispares que nos

acometen continuamente. Y será bueno tener en cuenta la recomendación que les hace Guillermo de Saint-Thierry a los Cartujos de Mont Dieu:

Las Escrituras hay que leerlas y entenderlas con el mismo espíritu con que fueron escritas. No asimilarás el espíritu de San Pablo mientras no te empapes del mismo leyéndole con atención y frecuentándole con meditación asidua. Nunca llegarás a comprender a David hasta que el amor a los salmos te lleve a sentir la misma experiencia que él. Y así de los demás libros sagrados. Porque en toda la Sagrada Escritura existe tanta diferencia entre la aplicación amorosa y la lectura, como la que hay entre la amistad y la hospitalidad, entre el afecto de la convivencia y el saludo casual.

De la lectura brotarán los afectos y surgirá la oración, que interrumpa la lectura; esta interrupción no la obstaculiza, sino que hace al alma más pura para comprender mejor la lectura.

La lectura depende de la intención. Si el lector busca verdaderamente a Dios en la lectura, todo lo que lee le ayudará en esta búsqueda, cautivará sus sentidos y orientará todo el contenido de la lectura hacia el servicio de Cristo. Pero si el lector busca otra cosa, todo lo arrastrará hacia sí mismo y no encontrará nada en las Escrituras, por muy santo y edificante que sea, que no aplique a su malicia o vanidad, impulsado por la vanagloria, por un sentimiento distorsionado o por un entendimiento viciado. Todo el que lee la Escritura debe tener como principio de sabiduría el temor del Señor (Sal 110,10), para que así se afiance sólidamente en él el ánimo del lector, y de él surja y en él se armonice la inteligencia y el sentido de toda la Escritura (Carta de Oro, primera parte: El Hombre Animal 121.123.125).

LECTIO DIVINA - IV

Xaime Lamas
Monasterio de Santa María de Sobrado

MODELO DE BUSQUEDA

Para María Magdalena no había voz ni presencia que la pudiese tranquilizar más que la del Esposo. Huye aterrada al encontrar el sepulcro vacío, su desorientación es tal que ni la presencia de Pedro y Juan le dan alguna fortaleza para poder intuir algo de lo que está impregnando el entorno del sepulcro: la savia de la nueva vida. Ella sigue llorando en su soledad y orfandad, ni siquiera le quedaba el consuelo de ungir el cadáver del Amado: «se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto». No comprende la pregunta de los ángeles, ni siquiera se dio cuenta de que eran ángeles, ella sólo conocía un rostro, ella sólo conocía una voz, la de Jesús, la del Amado, por eso no había nada en el mundo, ni del cielo ni de la tierra que le hiciesen ver que el Amado vivía. No podía reposar en su lecho, en la intimidad más íntima de sí misma - «En mi lecho por la noche, busqué al amor de mi alma, lo busqué y no lo encontré. Me levanté y corrí la ciudad, calles y plazas; busqué al amor de mi alma, lo busqué y no lo encontré» (Cant 3, 1-2) - porque su corazón estaba muerto con el que ella creía muerto. Lo curioso es ver que a pesar de que su dolor no le deja ver la claridad *de la Gloriosa Aurora del nuevo día*, María persevera en la búsqueda, no se da por vencida.

LA PERSEVERANCIA

La Lectio divina requiere perseverancia y a veces una perseverancia dolorosa, porque el fruto de la lectura no es inmediato. La fidelidad y el amor son las bases para llegar a adquirir un oído interior que sabe reconocer la voz del que nos habla de las otras voces que pueden llamar nuestra atención. Su voz enciende la luz interior que nos hace decir: «Es el Señor» (Jn 21,7). Así ocurrió con María. Nada pudo hacer luz en su corazón, porque señales de la resurrección las había: un sepulcro vacío, unos ángeles que se extrañan de su llanto, un extraño hortelano que también se extraña de su dolor. Pero faltaba lo esencial: LA PALABRA, LA VOZ, aquella voz que le había devuelto la vida, su dignidad como persona, aquella voz que resonaba constantemente en su entrañas y ninguna otra se le parecía porque pronunciaba su nombre de manera singular. Y el Señor pronunció su nombre: «María». Y se hizo la luz, la nueva creación. El corazón de María se desbordó, aquella era la voz, la palabra del Amado, del Esposo, aquella era la única voz que ella podía escuchar y reconocer. Se terminó la angustiada búsqueda, el encuentro, el gozo abre nuevos horizontes en pleno día, porque como dice San Bernardo:

En modo alguno podrías buscar si antes no te buscase, ni amar si antes no te amase. No se anticipó sólo con una bendición, sino con dos: el amor y la búsqueda, la búsqueda es fruto del amor y también certeza.

A veces nos partimos la cabeza tratando de dar una respuesta a la pregunta sobre cuál es la mejor manera de buscar a Dios, lo que a veces nos lleva a una especie de mariposeo que nos hace perder el tiempo sin llegar a ningún logro concreto y además nos llena de insatisfacción. Voces y voces nos hablan, nos enriquecen con su sabiduría, pero siempre queda en nuestro interior un poso de insatisfacción que nos hace sentirnos vacíos porque no es la voz de Dios la que nos habla sino la sabiduría humana. Nosotros como creyentes tenemos que buscar a Cristo que es «fuerza de Dios y sabiduría de dios» (1Cor 1,24). Y tenemos que ir a su encuentro, allí donde su vida y su obra rezuman frescura como un manantial de agua viva para nuestra sed y para que nuestra vida camine por la senda de su voluntad.

La Escritura es el *Huerto* en el que el Esposo desea hacernos descansar en su amor y enseñarnos a vivir en conformidad a su Evangelio, donde se halla el camino que conduce a la vida y que se tiene que vivir y compartir en una comunidad creyente. Es en ese *Huerto* en donde los amigos del Esposo permanecen atentos y vigilantes a través de todas las vicisitudes de su vida, con todo lo que conlleva una vida - alegrías, tristezas, logros y fracasos, salud y enfermedad, etc. - pero siempre eternos vigilantes, porque ni el día ni la noche, ni la luz ni las tinieblas, ni ninguna adversidad nos podrá separar de ese *Huerto* en donde, contra toda esperanza, amanece siempre la luz de la Resurrección.

Son muchos los ejemplos que se pueden poner de hombres y mujeres que vivieron esa perseverancia y fidelidad en la Lectura de Dios, y quiero recordar a Isabel de la Trinidad, una mujer que todo lo aprendió en la Sagrada Escritura de la que sacó fuerza para afrontar con entereza una enfermedad que la llevó a la tumba en plena juventud. De ese contacto con la Escritura surge una vida rica con una profunda mirada interior que pone luz en una vida que se va a ver envuelta en densas tinieblas y nos ha regalado una de las más preciosas oraciones a la Santísima Trinidad que se han escrito. San Agustín no dudaría en estampar su firma en ella.

La Escritura era su pan cotidiano, de ella extraía fuerza para su vida y consejo para sus hermanas y amigos. Podemos decir que fue una mujer embebida de la Palabra de Dios. Muchos teólogos se admiran de que sin tener una formación teológica sólida ella pudiese escribir tan alta teología. Pero lo más admirable es que Isabel de la Trinidad nunca fue de nada por la vida, nunca se creyó superior a nadie, no hacía juicios y fue una persona pacífica y pacificante en su comunidad y todo ello era fruto de esa búsqueda callada, íntima y continua en el texto sagrado de ese alimento tan necesario para poder vivir con verdadera dignidad su vida como cristiana y como carmelita.

Una de las gracias recibidas en su contacto asiduo con la Escritura fue el don del consejo; es impresionante ver la facilidad y familiaridad con que echaba mano de ella para consolar y animar a sus amigos. Sólo como pequeña muestra podemos ver en la carta 202, que es muy breve, en la que cita siete veces a San Pablo, dos a San Lucas y una al Profeta Isaías; por una breve carta ya es mucho citar, habiendo como hay libros de espiritualidad que no citan ni una sola vez ni el Antiguo ni el Nuevo Testamento y no estoy exagerando.

LA GRACIA DE LA ENCARNACION DEL VERBO EN NOSOTROS

Concebir la Palabra de Dios en nuestro seno es la meta más profunda de nuestro contacto asiduo con la Escritura y el fruto máspreciado de nuestra búsqueda: «Has sido amada para que no sospeches que te buscaba para castigarte; y ha sido buscada para que no te quejes que te he amado en vano». Estas palabras de San Bernardo nos ponen en el camino de esa fecundidad anhelada por el monje. Cuando nos acerquemos a la Sagrada Escritura, tenemos que ir con cariño de esposa, sentirnos fecundados por ella para que el Espíritu gima en nosotros, cante en nosotros, pida lo que conviene en nosotros. Esto es lo que hace que según los estados de ánimo con que vivimos a lo largo de nuestra vida - la alegría, el dolor, el amor, el abandono, el éxito o el fracaso - surja un tipo de oración que es la expresión de nuestra vivencia interior. En el fondo aspiramos a esa paz que no es ausencia de conflictos pero que nos hace estar en un estado de serenidad que nos hace mirar las cosas y los acontecimientos dándoles el valor que les corresponde.

Este mundo interior pacificado es el fruto de la fecundidad del Espíritu, fecundidad a la que aspiraban todos los místicos y a la que tenemos que aspirar todos. El mismo San Bernardo nos habla de ello:

Nos dicen las Escrituras que unos escucharon la Palabra, otros la proclamaron y otros la cumplieron; pero yo te pido que se haga en mi vientre según tu Palabra. Y no quiero que se haga en mí como una proclamación declamada, o como una señal figurativa, ni como un sueño imaginario, sino como una inspiración silenciosa, como una encarnación personal poseída corporalmente en mis entrañas.

También Isabel de la Trinidad nos habla de esto en su elevación a la Santísima Trinidad cuando exclama: «¡Oh Fuego abrasador, Espíritu de Amor!, desciende a mí para que se realice en mí como una encarnación del Verbo».

El anhelo de fecundidad espiritual es una característica que recorre todo el universo religioso de la humanidad. El deseo de la unión con Dios está presente en todas las religiones y todas las escuelas místicas están llenas de esta aspiración: el desposorio místico, la unión, el cambio de corazones y de voluntad, sentirse preñados de Dios, del Verbo por obra del Espíritu. Es un modo de configurarse con él, lo que lleva al alma a estar atenta a todo lo que ocurre en el corazón del Esposo y tener una fina sensibilidad para amar y consolar en silencio.

LAS INTUICIONES DEL AMOR

Si leemos atentamente la unción de Jesús en Betania (Jn 12,1-8) comprenderemos perfectamente lo que supone estar atentos a las palabras de Jesús para saber lo que ocurre en su Corazón.

Los últimos días de la vida de Jesús fueron percibidos en el corazón de los suyos con diversas intuiciones. María de Betania tuvo la suya. ¿Acaso la intuición del amor no es capaz de penetrar en el interior de la persona amada? María tuvo su intuición, que la

llena de dolor, de un dolor compasivo. El amor que siempre está atento al amor consuela al amado, lo fortifica con el unguento, lo embellece para la boda, no repara en gastos. Y los gestos que acompañan a la unción sin sentir ningún rubor por la presencia de los demás comensales, como si estuviese sola con él, nos llevan a los amantes del Cantar de los Cantares. Gestos en los que todo el ser de María se vacía ante el dolor interno que intuye en el corazón de Jesús. Gestos acompañados de las caricias, la mirada, el beso, los cabellos.

Todo, absolutamente todo, es la expresión de una vida entregada que siempre estará dispuesta al amor, al consuelo del que sabe que su compromiso con el hombre lo ha llevado hacia un lugar en el que ya no hay tiempo para rectificar sino traicionándose a sí mismo, traicionando el proyecto de Dios y traicionando la esperanza de la humanidad. Y todavía queda la parte más dura, por eso se abandona al cariño de esa mujer que representa la ternura, la compasión y la gratuidad que atraviesa la historia de la humanidad. Es la imagen de tantos y tantos hombres y mujeres anónimos que continúan esa fidelidad y diaconía, sin ruidos ni algaradas. Jesús conoce esos gestos de amor y se abandona a ese gesto de María porque sabe todo lo que procede del corazón de esa sencilla mujer que intuía que el Amado estaba agotado, cansado y con miedo. Y reacciona indignado ante la condena de Judas; su falso interés por los pobres no logra romper la candorosa sencillez del gesto de amor de una humilde hermana del Señor. Él quiere que este gesto de amor de la Esposa sea una constante en la vida de los suyos.

Si de verdad creemos que la pasión de Cristo ha dado sentido a la pasión del hombre, la comunidad Esposa tiene que seguir ungiendo y fortificando a los que día a día prolongan y completan la pasión de Cristo. Los caminos del mundo están sembrados de cruces en los que cuelgan cristos cansados, agobiados, rotos por el peso del egoísmo y del pecado y, la mayoría de las veces, carentes de fe, esperanza y amor, como si hubiesen sido comidos por una nube negra.

«¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?» (Mc 15,34). Si estas últimas palabras de Jesús no nos encogen el corazón, tampoco sentiremos el dolor de nuestros hermanos y hermanas que viven en su cuerpo y en su espíritu el abandono que vivió su Hermano Mayor. Por eso no son palabras las que el hombre necesita, porque hay saturación de ellas, hay demasiadas palabras vacías; lo que nuestros hermanos y hermanas necesitan son gestos que les lleguen al alma: silencio y amor, caricias y besos, vida para su vida maltratada. Tenemos que ser ternura de Dios, lugar de encuentro y acogida en el que la frescura y la fragancia del perfume los vayan liberando del poder del mal, de los engaños de la vida, de sus frustraciones y de sus heridas.

Llorar y lamentarse por un Cristo muerto no sirve de nada, pues Él está vivo y no hay que ir a embalsamar ningún cadáver. Ese es el trabajo de los pseudomísticos, de los farsantes e hipócritas que utilizan la religión y el nombre de Cristo para condenar, esclavizar y explotar a los humildes hermanos de Jesús. Nuestra misión como creyentes es dar gracias al Padre y acercarnos al Cristo vivo, al Cristo sufriente en sus hermanos; acercarnos en silencio reverente, acogerlo en nuestra casa, en nuestro corazón y unirlo con el perfume del amor.

No tengáis miedo de postraros a los pies del hombre, es un gesto de servicio que Jesús nos ha dejado y es el gesto de amor de María de Betania y de tantas Marías a lo largo de la historia que han consolado y fortalecido a multitud de hermanos y hermanas de nuestro amado Señor. Y no tenemos que tener miedo de equivocarnos, Cristo es el Señor de nuestra vida y nada absolutamente puede ocupar su lugar. Lo que no tenemos que olvidar es que cada hombre y cada mujer, sea quien sea, es sacramento de su presencia y todo lo que hagamos a uno de sus humildes hermanos se lo hacemos a él (Mt 25, 40).

Hoy más que nunca, dada la situación de crisis global, tenemos que tener una sensibilidad exquisita hacia los cristos sufrientes. El amor cristiano no es un amor abstracto - amar al Cristo de la gloria nos puede parecer fácil, ni lo vemos ni lo tocamos - porque él es el Cristo vivo en sus hermanos a los que les debemos un amor de comunión, un amor real y tangible.

La finalidad de la Lectio Divina es mantenernos en la fidelidad y en la dinámica de ese amor para conocer cómo Jesús de Nazaret trataba a los hombres y mujeres, cómo amaba la vida, cómo le costaba morir (Mc 14,36), cómo nos revelaba un nuevo rostro de su Padre: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes y se las has revelado a los ingenuos. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito» (Lc 10, 21). Este sentir de Cristo tenemos que hacerlo vida de nuestra vida, de nuestra comunidad, de nuestros amigos, de la Iglesia, de cada hombre o mujer que llamen a nuestra puerta.